

¿Castellano o español?

Con muy buen tino los escritores galardonados con el Premio Cervantes –para algunos el Nobel español–, reunidos en Valladolid a finales de octubre de 1995, llamaron a su congreso *La hora del español* y en el documento que firmaron, conocido desde entonces como Declaración de Valladolid, señalaron que «la lengua española es el mayor tesoro que, compartido por una veintena de naciones, permite entenderse a más de 400 millones de personas». Consideran asimismo que «(la lengua española) es la fuerza que da cohesión, que aglutina y hace sentirse próximos a seres de varios continentes (...) que piensan, sienten y viven en *español*».

Es decir, que al referirse al español siempre lo llamaron así, español, no castellano, pues como señaló el académico Gregorio Salvador es la «lengua común de los españoles», si bien, un tanto contradictoriamente, piensa que «no es una lengua nacional».

Muy conveniente es que se haya celebrado el congreso y que su declaración final sea tan diáfana respecto al «idioma de los españoles», pues desde que llegué a este país, hace trece años, vengo notando que hay en España temor a llamar al español, español: lo llaman castellano. Pocos son los que se atreven a llamar al español español, pero por suerte entre esos pocos está Camilo José Cela que en su página «El color de la mañana», de *ABC*, con toda la autoridad que le da su prestigio y su saber, llamó «una necesidad de tomo y lomo» al «espectáculo del otro día en el Senado, y aludo al de la traducción simultánea (sobre todo del catalán en que habló el presidente de la Generalitat Catalana, Jordi Pujol, y el gallego en que se expresó su homólogo en Galicia, Manuel Fraga)». Apostillando con ironía de neta cepa gracianesca: «... menos mal que no fueron los vascos y que los presidentes de las Comunidades de Asturias, Murcia, Extremadura, Madrid, Valencia, Baleares, Andalucía y Canarias renunciaron a expresarse en bable, panocho, castrúo o chinato, a elegir, cheli, valenciano, mallorquín o menorquín o ibicenco, según la insularidad, romaní, por eso de la abundancia de gitanos, y guanche, lengua a la que, aunque muerta desde el siglo XIV, siempre podrá resucitarla cualquier patriota aplicado».

Por mi parte diré que durante los años que viví en Cuba (la mayor parte de mi vida) para mí nunca hubo diferencia entre español y castellano. Eran lo mismo, y el español era el idioma de España. Que en Cataluña se hablase también catalán y en Galicia, gallego, era asunto sin mayor trascendencia. Para mí el idioma que lingüísticamente identificaba a España era el español, lengua que hablaba yo en Cuba porque era la que habían llevado conquistadores, colonos y emigrantes españoles, y estas sucesivas oleadas de pobladores estaban integradas por castellanos, gallegos, catalanes, vascos, andaluces, etc. Es decir, provenían de distintas regiones de España, pero al llegar a América todos se convertían en *españoles* y la lengua que difundían era el *español*. Yo no recuerdo haber oído el catalán ni el gallego en Cuba, a pesar de que no era escasa la porción de oriundos de esas tierras que allí había. Mucho menos el vasco. Quizá lo hablasen entre sí, pero se entendían con los criollos, con los cubanos —compuestos por blancos y negros— en español. Por imperativo de las circunstancias, la lengua originaria de estos emigrantes se iba borrando.

De modo que para los latinoamericanos en España había un solo idioma, el español; si además existían otros, en verdad no significaban mucho para nosotros, y de ahí que inconscientemente o ingenuamente los ignorásemos. En el exterior esta práctica ha continuado. Un ejemplo en los Estados Unidos hay alrededor de 2.000 universidades y *colleges* que poseen departamentos de *español*. En ellos se estudia lengua y literatura *españolas*. La lengua que se enseña es, por supuesto, el español y la literatura las diversas creaciones literarias de España, aunque sus autores sean gallegos como Cela y Valle-Inclán o catalanes como Juan Goytisolo y Juan Marsé o vascos como Baroja y Unamuno (quien, entre paréntesis, consideraba el eusquera como una lengua fósil). Para un estudiante norteamericano *todos* son españoles y los han leído en *español*. De otra parte, a ninguno de estos departamentos universitarios se le ha ocurrido llamarse *Castillian Department*, pues dan por sentado que el idioma que se habla en España es el español, aunque este idioma haya nacido en Castilla. Hoy cubre toda la península.

Y es bueno que así sea, es bueno que el extranjero se abstraiga de las polémicas caseras y vea el conjunto de una nación como unidad. (Es justamente una nación porque es una unidad.) Como el español ve a Francia, a Inglaterra o a Alemania. Para un español el idioma que se habla en Francia es el francés (y no el bretón o el provenzal) en Inglaterra el inglés (y no el gaélico o el escocés), en Alemania el alemán (y no el bávaro o el suabo).

A propósito de esto leo en *El País*, del 22 de octubre de 1997, una declaración del actor inglés (mas nacido en Irlanda) Peter O'Toole, que a una pregunta sobre por qué Irlanda ha dado tantos grandes escritores (ingleses), responde: «Otra razón es que con la conquista de Irlanda la lengua autócto-

na fue decayendo. En el siglo XVIII había muy poca gente que hablara en gaélico y, en cambio, el inglés, la lengua que recibimos, alcanzó su máximo esplendor». Y a seguidas hace este elogio del inglés: «Es una lengua soberbia, un gran regalo. Hay un ensayo de Bernard Shaw sobre este tema»,

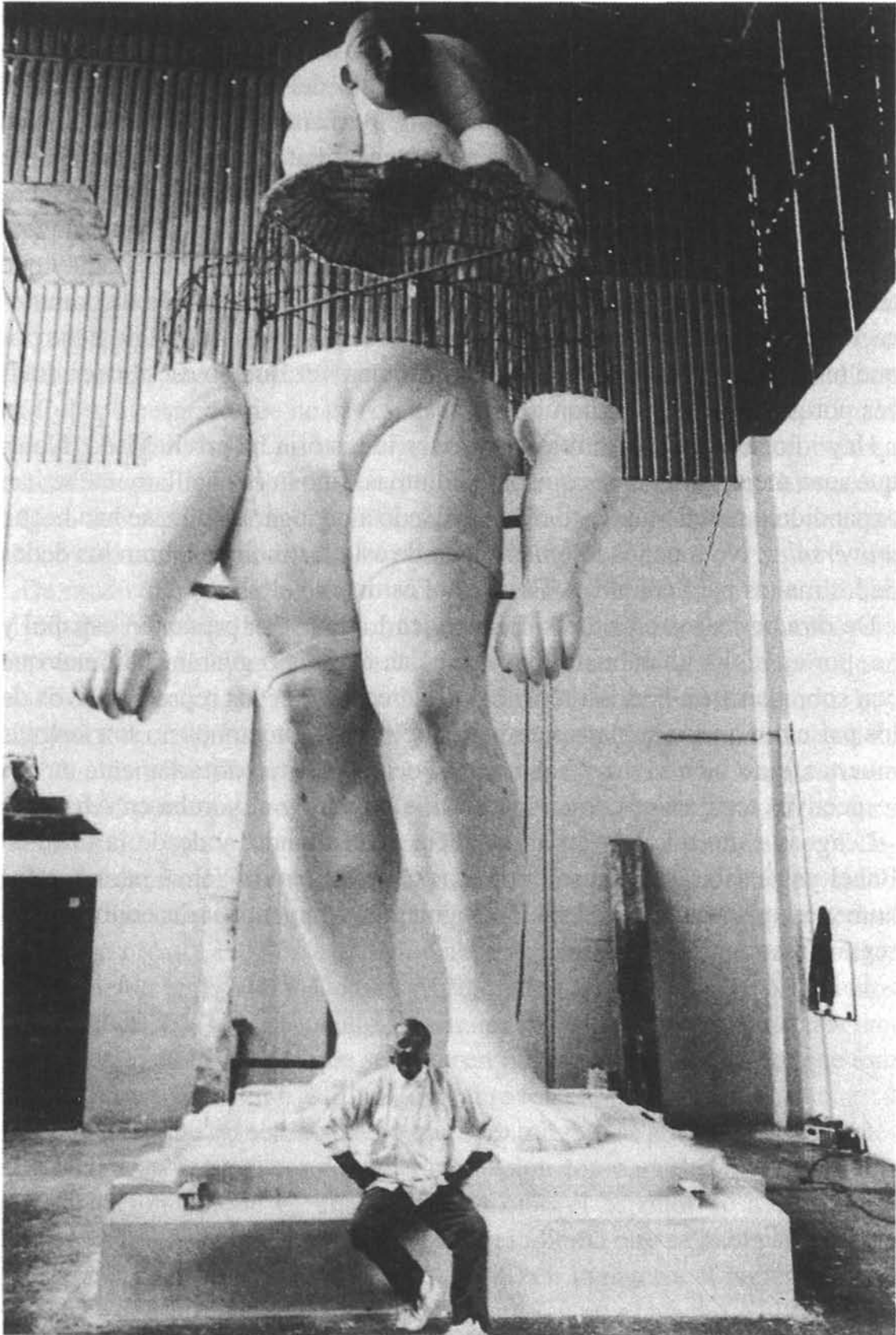
Desde un punto de vista práctico a un escritor catalán, vasco o gallego, le resulta mucho más conveniente escribir en español que en catalán, eusquera o gallego, pues potencialmente será leído por millones y millones de lectores, y con más facilidad hallará traductor a otros idiomas. Y esto hay que tenerlo en cuenta, ya que la literatura es asimismo un vehículo de comunicación y de acercamiento entre los pueblos. Si *siente* el español no tiene por qué renunciar a él (Carpentier me confesó una vez que no escribía en francés porque no *sentía* el idioma).

Hay idiomas que por múltiples razones la historia ha privilegiado. No es que sean mejores ni peores que otros idiomas, sino que sencillamente se han expandido o se han impuesto más; apelando a un lugar común, se han hecho *universales*. No muchos idiomas gozan de esta distinción; sobran los dedos de las manos para contarlos. El español es uno de ellos.

De otra parte, los escritores de América Latina se expresan en español y no, por ejemplo, en náhuatl, maya, quiché, aymara o guaraní, idiomas que con sobrada razón podrían reclamar el derecho a ser los representativos de los países en que se hablan, pues a más de ser los autóctonos no son lenguas muertas, sino bien vivas y habladas en ocasiones mayoritariamente en sus respectivos territorios, como el swahili, el lucumí y el yoruba en África.

Lenguas es lo que hay en abundancia en el mundo, y desde la torre de Babel ya se sabe que su proliferación fue una treta de Yahvé para que los humanos no alcanzaran el cielo. Seguir contribuyendo a la confusión es seguir frustrando ese anhelo.

César Leante



A los pies de la Giganta